

# aforismos, paradojas y reflexiones

Mijaíl Málishev\*



## El rostro de lo posible

\* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.  
Teléfono: (722) 2 13 14 07.

No es suficiente tener oportunidades, es necesario que las capacidades se encuentren a la altura de las posibilidades.

El tiempo nos persuade, pero su capacidad de disuadir no tiene límites.

Para ser enterrado en el panteón de la historia, hace falta rebasar la época en que se vive.

Algunos forjan su suerte, otros la encuentran casualmente en las encrucijadas de su camino y otros más, pasan su vida sin conocerla.

Se nos presentan varias opciones en la vida, aunque sólo escogemos una y frecuentemente no sabemos cómo vivirla.

Lo acontecido hubiera podido suceder de otras maneras, y en estas posibilidades desvanecidas radica la nostalgia por las ilusiones perdidas.

La edad es el mejor argumento para persuadirnos de que el porvenir no siempre es un futuro mejor.

El maquillaje es una pequeña ilusión femenina de poder sobornar al tiempo.

Vivenciando la impaciencia nos parece que el futuro se convierte en un déspota que rige nuestro destino.

Cuando la preocupación por el mañana se convierte en el sacrificio del hoy, la vida pasa a ser una carrera de ratas en un cuarto cerrado.

Las ilusiones se alimentan de esperanzas, éstas de promesas y las últimas surgen del deseo del líder de acrecentar su autoridad.

La maldición china reza: "Que los peores días de tu pasado sean los mejores de tu futuro". En la vejez este deseo llega a ser una realidad sin maldición.

Para el desesperado el que no haya sucedido es suficiente razón para considerar que sea imposible y atenuar el dolor del fracaso.

El cínico es un nihilista que no se atrevió a suicidarse.

El hombre aprende de los errores de su pasado, pero nunca obtendrá la suficiente experiencia para domesticar la incertidumbre del futuro.

Esto se acabó, pero ha sido y en esta combinación radica el carácter polivalente de la nostalgia.

Si al perder todas las ilusiones, el desilusionado no se suicida, entonces la existencia es su última ilusión.

Si el futuro nos pidiera la cuenta por todas las promesas incumplidas, tendríamos que declararnos en bancarrota.

La verdad del cínico es de este mundo, pero su mundo está en el cementerio.

Si se desea lo posible, la felicidad estará garantizada. Pero ¿qué hacer para escoger siempre lo posible?

Lo que está por encima de nuestras posibilidades, frecuentemente está por debajo de nuestra vanidad.

La promesa solemne de hacer lo imposible es el último intento del desesperado para salvar su pellejo.

Lo banal es lo esperado, demasiado esperado, que quisiéramos mandar al diablo; pero entendemos que sin lo evidente, la vida también corre el riesgo de caer en el infierno.

La eternidad es un “remanso” ilusorio del atormentado por la arrogancia del devenir.

Quien siempre lucha por su vida, no vive, simplemente existe.

El tránsito de la esperanza a la ilusión de seguridad alivia los suplicios de la espera, pero aumenta la probabilidad de transformar la desilusión en desesperación.

Qué son la impaciencia y la desesperación sino hijos desobedientes de una dama generosa de promesas llamada “esperanza”.

No tener conciencia es el primer paso para tener otras cosas que la conciencia no recomienda.

Entre todos los chivos expiatorios que inventó la humanidad, el más popular es el azar.





Quien sueña ser intelectual debe estar dispuesto a pasar buena parte de su tiempo sentado y encorvado. Y quien, además, quiere ser un intelectual famoso, tendrá que hacerlo toda su vida.

Lo que fue imposible en una época fue posible en la siguiente. Y esto engendra una idea, a veces errónea, de que lo imposible es sólo cuestión de tiempo.

El tiempo borra las posibilidades no realizadas y convierte nuestra vida en destino.

Si alguien dice que quisiera simplemente vivir, significa que está harto de hacer lo que está haciendo

El presente aburrido muere para luego “renacer” como nostalgia.

Quien con vehemencia quiere llegar a una meta, le parece que el mismo tiempo empieza a temblar de impaciencia por la pasión de alcanzar lo deseado.

Si vives en el reino de los sueños, que los deseos de los más ricos y poderosos sean pálidas sombras en comparación con tus fantasías refinadas forjadas en la fragua del complejo de inferioridad.

Lo mejor que puede darnos la experiencia es mostrarnos el límite de posibilidades de nuestras capacidades.

A los diabólicos les gusta torturar a su prójimo al exigirle cualidades angelicales.

La memoria no sólo convierte nuestro pasado en algo atractivo, sino con el paso del tiempo lo hace más hermoso.

Cada uno abriga esperanzas, pero los más listos se las ingenian para obtener ganancias de la venta de ellas.

El futuro es un hechicero: nos tienta con la magia de sus esperanzas, pero al convertirse en el hoy, nos muestra el revés de sus trucos prosaicos.

El buen historiador no pierde ocasión para reflexionar sobre los hechos que algunos han dejado en el basurero de la historia.

El sueño sobre un futuro radiante es una imagen liberada de sus antinomias: un tiempo castrado.

El deseo de tener sólo lo posible nos hace realistas, pero no nos protege del sentimiento de insatisfacción.

El tiempo transforma al patito feo en un cisne gracioso, pero al mismo tiempo lo convertirá en un cuervo encorvado.

Los protagonistas de la historia son, al mismo tiempo, sus primeros falsificadores ya que involuntariamente exageran el significado de sus acciones.

Cuando la vida te da “sorpresas” y no puedes hacer nada, empiezas a comprender lo que es el “destino”.

La paciencia es una esperanza enlatada que hay que consumirla en un tiempo adecuado; pasando ese plazo surge la amenaza de convertir la esperanza en una decepción indigesta.